

## EL PATRIOTISMO DEL STATU QUO

Kenneth Minogue ha rendido a mi artículo «Elogio al pasado de los imperios: mitos y métodos del *Nacionalismo* de Kedourie» el homenaje de una respuesta crítica, aun cuando éste responda primeramente al deseo de quedar bien, y en él me tache de pedante, ilógico y descontrolado. A pesar de todo, espera poder seguir siendo mi amigo. Lo es; sin embargo, entre los deberes menores de la amistad figura el decir al otro cuándo no ha comprendido algo y cuándo el alcance de su egocentrismo amenaza con provocar una pérdida de identidad. Mi crítico se presenta a sí mismo como un ferviente defensor de *Nacionalismo* de Kedourie; lo cierto es que está defendiendo un texto algo menos célebre, *Nacionalismo*, escrito unos cuantos años después por un tal K. R. Minogue<sup>1</sup>, y lo que, en una reciente enciclopedia, ha subtulado modestamente «Teoría del Nacionalismo de Minogue»<sup>2</sup>. Permítaseme deshacer las confusiones iniciales. Él y yo (junto a Kedourie y Gellner) estamos de acuerdo en que el nacionalismo, entendido como una doctrina que gira en torno a la fundación legítima de los Estados, es un fenómeno moderno. Minogue responde como si yo deseara «desmantelar» la teoría moderna del nacionalismo. No es el caso. Lo que pretendo es deshacerme de la paja, no del grano. Esto significa que yo, a diferencia de Gellner<sup>3</sup>, Kedourie o Minogue, advierto las dificultades destacadas de dicha teoría, a la que Anthony Smith ha dedicado la labor de toda una vida<sup>4</sup>. Lo que yo defendí

---

<sup>1</sup> *Nacionalismo* de Minogue fue la expresión de alabanza más sincera hacia el libro de Kedourie con el mismo título; tiene una estructura similar, el mismo número de capítulos y prejuicios similares. Comienza incluso, como el de Kedourie, con una cita de Yeats, aunque en este caso de 1916, no de 1919. Sin embargo, Minogue no era el loro de Kedourie, aunque en algunas ocasiones pueda sonar como Oakeshott.

<sup>2</sup> Kenneth MINOGUE, «Nationalism and Patriotism: Minogue's Theory of Nationalism», en Athena LEOUSSI (ed.), *Encyclopaedia of Nationalism*, New Brunswick, 2001, pp. 230-232.

<sup>3</sup> Brend O'LEARY, «Gellner's Diagnoses of Nationalism: A Critical Overview or What is Living and What is Dead in Gellner's Philosophy of Nationalism?», en John HALL (ed.), *The State of the Nation*, Cambridge, 2000, pp. 40-90 [ed. cast.: *Estado y nación. Ernest Gellner y la teoría del nacionalismo*, Cambridge, 2000].

<sup>4</sup> Véase su *The Ethnic Origins of Nations*, Oxford, 1986; *Nationalism and Modernism: A Critical Survey of Recent Theories of Nations and Nationalism* *Ethnic Origins of Nations*, Londres, 1996 [ed. cast.: *Nacionalismo y modernidad*, Madrid, Istmo, 2000]; y *The Nation in History: Historiographical Debates About Ethnicity and Nationalism*, Oxford, 2000.

en el mencionado artículo es que Kedourie no logró el esclarecimiento definitivo de la cuestión que Minogue sugiere; que erró como historiador de las ideas, y que su último trabajo, *Nationalism in Asia and Africa*, contradice rotundamente sus afirmaciones anteriores de un modo que él no parece haber advertido.

Minogue admite que estoy –pedantemente– en lo cierto cuando critico la tesis de Kedourie según la cual el nacionalismo fue «inventado» a comienzos del siglo XIX; sin embargo, articula su defensa en torno a la afirmación de que el nacionalismo no acompañó a las revoluciones Francesa y Americana. De acuerdo con Minogue y Kedourie, el nacionalismo propiamente dicho, la fotografía completa, emerge únicamente a partir de las reacciones intelectuales alemanas hacia la Ilustración y la Revolución Francesa. El joven Minogue era consciente de que Estados Unidos representaba un problema: «Resulta fácil analizarla [la Guerra de Independencia] en términos nacionalistas. No obstante, a pesar de que aparentemente los habitantes de las colonias americanas desarrollaron rápidamente la conciencia de ser americanos, no se pensaban seriamente como formando parte de una nación americana. Su lucha tuvo lugar demasiado pronto como para desarrollarse en estos términos». Cuán impropio de los americanos desarrollar rasgos nacionalistas antes que los alemanes o que los *Federalist Papers* fueran publicados en 1788; lo cierto es que, por fortuna, los americanos se tomaron estas cuestiones más a la ligera y desplegaron un sentido del humor mejor que el de aquellos teutones románticos.

Para mí, como para tantos otros, el nacionalismo liberal, a saber, la doctrina según la cual la nación –o el pueblo, o la ciudadanía (estos términos fueron usados como sinónimos)– debía ser la fuente de la legitimidad política se desarrolló en Estados Unidos, Gran Bretaña (Inglaterra incluida), Francia, Irlanda y América Latina *con anterioridad* (o en algunos casos simultáneamente) al florecimiento de los nacionalismos centroeuropeos de carácter más abiertamente cultural o étnico. Dicho brevemente, el nacionalismo llegó primero a aquellos que se hallaban en posesión (o en inminente posesión) de un Estado. Esta posición resulta bastante habitual. En lo que se refiere a Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, constituía la ortodoxia historiográfica antes de que Kedourie escribiera, y sigue siéndolo entre los que no están completamente inmersos en la vida de la London School of Economics.

La razón por la que es importante que Kedourie afirmara que el nacionalismo fue inventado «a comienzos del siglo XIX» reside en que es únicamente en este período en el que es posible sentar a los románticos alemanes en el banquillo como principales sospechosos de su fabricación. Minogue sabe que esto no constituye un argumento convincente, ya que en otro lugar ha escrito que «la opinión intelectual reconoce ahora, a pesar de todo, que el nacionalismo es una doctrina inventada *a finales del*

*siglo XVIII*<sup>5</sup>. Mi objeción a la posición de Kedourie tuvo que ver con el hecho de que éste no demostró con evidencias intelectualmente probadas cómo muchos de los principios fundamentales de lo que él definía como nacionalismo se hallaran primero –y, en el caso de la «autodeterminación nacional», que se hallaran en absoluto– entre los pensadores alemanes a los que condena. El lenguaje del republicanismo fue uno de los discursos en los que el nacionalismo liberal se expresó ampliamente en sus primeras manifestaciones: no cabe duda de que éste es el caso de los United Irishmen.

En respuesta a esto, Minogue sostiene que Kedourie «pensó el nacionalismo como una respuesta esencialmente oportunista ante varios tipos de reivindicaciones colectivas; para él (*pace* O'Leary), carecía de “esencia”». En realidad fue el joven Minogue, y no Kedourie, el que ofreció una «descripción general del nacionalismo» como «un movimiento político que dependía de un sentimiento de reivindicación colectiva en contra de los extranjeros». En sus propias palabras, el «nacionalismo nos enseña que el dominio extranjero es en sí mismo una afrenta contra la dignidad humana»<sup>6</sup>. Evidentemente, en algunos casos, el nacionalismo puede ser una respuesta adecuada a determinadas reivindicaciones colectivas, y los nacionalistas pueden llegar a ser tan oportunistas como el resto de los seres humanos. No obstante, para poder ser catalogados como nacionalistas han de contar con algún núcleo reconocible de creencias que nos permita aplicarles dicha categoría de un modo coherente. En absoluto hallamos aquí trazas de un esencialismo filosófico «profundo» supuestamente erróneo. La cuestión se inclina más bien hacia la distinción que la propia teoría de Minogue establece entre lealtad al Estado (patriotismo) y lealtad a la nación (nacionalismo)<sup>7</sup>.

Nos encontramos ante una distinción acertada, una distinción que a menudo permanece velada o incomprendida. Sin embargo, al establecerla, Minogue introduce un movimiento subrepticio. De acuerdo con él, el lugar sobre el que se erige el patriotismo es el Estado-nación, y está, así mismo, de acuerdo en que la «nacionalidad» (con sus pasaportes y derechos de ciudadanía) constituye una fuente de valor en conflicto con los valores universales o «del Olimpo», aunque, simultáneamente, repudie el nacionalismo. La simpatía que siente al menos hacia dos Estados-nación existentes, Estados Unidos y Reino Unido, es de sobra conocida; verda-

---

<sup>5</sup> Kenneth MINOGUE, «Olympianism and the Denigration of Nationality», en Claudio VELIZ (ed.), *The Worth of Nations*, Boston, 1993, p. 73. Véase la nota de Minogue con respecto a esta afirmación: «La obra crucial sobre esta cuestión es *Nacionalismo* de Elie Kedourie». El joven Minogue hizo mejor los deberes: «De acuerdo con la mayoría de las perspectivas, el paso decisivo [en la emergencia del nacionalismo] tuvo lugar en el siglo XVIII; *i.e.*, él era consciente de que la cronología de Kedourie se encontraba algo aislada en relación a la de otros autores (MINOGUE, *Nacionalismo*, Buenos Aires, Paidós, 1975). El viejo Minogue (1993) concede a Kedourie el mérito de haber establecido un consenso respecto al cual él había estado en desacuerdo. Para el Minogue maduro (2003), la cuestión resulta hoy en día «pedante».

<sup>6</sup> K. Minogue, *Nacionalism*, cit., p. 25.

<sup>7</sup> K. Minogue, «Nationalism and Patriotism: Minogue's Theory of Nationalism», cit.

deramente nos hallamos ante lo contrario, un británico realmente patriota y euroesceptico. ¿Por qué no es entonces un nacionalista?

Porque, tal y como procede su análisis, los nacionalistas (¿en «esencia»?) no sienten el menor apego hacia su Estado, o al menos hacia el Estado en el que residen. «Mientras el nacionalismo aspira a obtener un *futuro* Estado civil en el que la *nación* sea autogobernada, el patriota disfruta de una condición *presente* de implicación cívica». No pueden existir, por definición, ni nacionalistas satisfechos ni nacionalismos consumados.

Cabría llamar a esto «minólogo», en lugar de diálogo. ¿Se metamorfosean los nacionalistas en patriotas cuando tienen éxito o resulta sencillamente imposible que los nacionalistas tengan éxito? El efecto de esta variación sobre un viejo tropo —mi patriotismo es bueno, tu nacionalismo malo— está dirigido a legitimar la defensa de los Estados existentes y denigrar cualquier cuestionamiento de los mismos. El nacionalismo puede ser despachado por tratarse de «una ideología para la juventud», «un rechazo puro de los pactos alcanzados por la autoridad adulta», «la participación en una fantasía que, como ocurre habitualmente con quienes toman parte en una fantasía, acaban siendo propensos a desarrollar una ira violenta e impredecible cuando el mundo no se ajusta a sus sueños»<sup>8</sup>. ¿Pero por qué tachar de confusos, cuando establecen una distinción entre naciones con y sin Estado o entre nacionalismo cumplido o incumplido, a todos aquellos que tienen una visión menos complaciente sobre los Estados que existen en un momento dado o tienden a examinar el mundo tal y como es?

En lo que concierne al método, lo que está aquí a debate no es un conflicto entre historia (Kedourie) y Gellner (sociología). Lo que yo defendía en aquel artículo es que la historia en *Nacionalismo* de Kedourie es incompleta. Al demostrar que su procedimiento permite convertir de un modo igualmente legítimo a Locke en el precursor del nacionalismo liberal y a Kant del nacionalismo cultural, no pretendí afirmar que cualquiera de estas proposiciones fuera cierta. La perspectiva de Gellner, por contra, afirmaba que la historia de Kedourie era suficientemente precisa (dejando a un lado el tratamiento erróneo de Kant), pero carecía de poder explicativo. Minogue, Kedourie y yo coincidimos, de hecho, en algo que Gellner rechaza, a saber, la importancia de las ideas políticas (lo que los seguidores de Oakeshott llaman «doctrinas prácticas»). No obstante, suscribo la opinión común de que las ideas resuenan más en unos contextos que en otros. Es en la democratización del Estado moderno y en las múltiples dimensiones de la modernización donde el nacionalismo —como una doctrina y un sentimiento de masas— resuena con una fuerza mayor a como lo hizo o pudo hacer en el pasado.

Minogue me considera un gellneriano ortodoxo y devoto. Sin embargo, soy crítico con la tesis de que «la industrialización se halla en el origen del nacio-

<sup>8</sup> K. Minogue, *Nationalism*, cit., pp. 8, 32.

nalismo». Tampoco rechazo en ningún lugar el «difusionismo» como tal (¿acaso lo rechazó Gellner?). No obstante, creo con Gellner que es posible establecer una diferencia entre las distintas clases de nacionalismo y proporcionar análisis históricos y sociológicos convincentes sobre sus orígenes y trayectorias. De acuerdo con el panorama que Oakeshott presenta, podría parecer que lo único que existe son la filosofía, la historia y la «doctrinas prácticas»: lo cierto es que no participo de esta tierra baldía. En Gellner hay un exceso de funcionalismo; no obstante, existe una comprensión profunda de la modernidad y un respeto serio hacia la ciencia, incluida la ciencia social. No me siento totalmente en casa en este entorno, a pesar de lo cual me resulta ciertamente más agradable. Se puede admirar a Gellner sin convertirlo en una figura de culto; él habría despreciado a cualquiera que procediera de este modo.

En lo que concierne a Kedourie, no le caracterizo como a un exponente conservador de las ventajas del imperio por ser yo un ávido «partidario del nacionalismo». Las obras de Kedourie, tal y como ponen de manifiesto quienes lo citan rigurosamente, demuestran que lo era. Esto resulta evidente en «Minorities», uno de sus primeros ensayos, y se expresa abiertamente en su homenaje a Acton, en la última parte de su libro *Nacionalismo*. El retrato que hago de su persona no participa en absoluto de una sociología del conocimiento «desbocada», se funda, por el contrario, en sus obras, incluido su propio relato autobiográfico, los homenajes publicados tras su muerte y mis recuerdos sobre él. El único asunto sobre el que me atrevo a especular se refiere a los motivos que le animaron a culpar al romanticismo alemán del estallido del nacionalismo como fenómeno consumado. Tampoco le traté de un modo «paternalista»; si no hubiera considerado significativa su obra y su figura, no me habría batido con ella.

Minogue sostiene que el nacionalismo es «un componente en el conflicto humano fundamental (y en último término irresoluble) entre el universalismo y el particularismo»<sup>9</sup>. No tengo nada que objetar a este planteamiento; ¿quién podría tenerlo? Sin embargo, Minogue cuestiona el interés que pueda tener una ciencia política dirigida a la regulación de los conflictos, refiriéndose a mí con desdén como alguien que «se entretiene» con estadísticas sobre las condiciones bajo las que el federalismo y el nacionalismo podrían cohabitar<sup>10</sup>. Gestionar conflictos implica afrontar situaciones impracticables, y la regulación —en mayor medida que la resolución— puede resultar la única posibilidad a la hora de abordar numerosos conflictos nacionales, étnicos y comunitarios. Nadie sabe de antemano qué conflictos son «irresolubles» mediante acuerdos institucionales. Minogue duda de antemano que la gestión política de dichos conflictos pudiera en modo alguno apoyarse en una ciencia social fiable. En mi opinión merece la pena intentar desarrollar conocimiento práctico sobre la materia.

<sup>9</sup> K. Minogue, «Nationalism and Patriotism: Minogue's Theory of Nationalism», cit., p. 32.

<sup>10</sup> Véase mi artículo «An Iron Law of Federations? A (neo-Diceyan) theory of the Necessity of a Federal Staatvolk, and of Consociational Rescue», *Nations and Nationalism* 7, 3.